

se había difundido la voz de que llegaba el rey, muchos habitantes volaron á su encuentro : al atravesar las calles de Newport, una mujer jóven se adelantó á él, y le entregó una rosa colorada, abierta á pesar del rigor de la estacion, orando en alta voz por su libertad. Sé le aseguró que la poblacion entera era de su partido; que en el mismo castillo de Carisbrooke solo habia de guarnicion doce soldados viejos en buena disposicion, y que siempre que quisiese podria facilmente evadirse de él. Los temores de Carlos se mitigaron poco á poco y al amanecer cuando desde las ventanas del castillo contempló el risueño espectáculo que le ofrecian mar y tierra, cuando respiró el aire de la mañana, cuando vió á Hammond manifestarle su respeto, y le prometió la entera libertad de pasearse á caballo por toda la isla, de guardar sus criados y recibir á quien le acomodase, se tranquilizó su alma : «Sobre todo, dijo á Ashburnham, este gobernador es muy cortés, aquí estoy al abrigo de los agitadores; y segun creo solo tendré que aplaudirme de mi resolucion.»

## LIBRO OCTAVO.

Reunion de Ware.—Cromwell reprime á los agitadores y se reconcilia con ellos.—El parlamento dirige al rey cuatro bills, condiciones preliminares de la paz.—El rey los rehusa y negocia secretamente con los escoceses.—El parlamento decreta no volver á tener relaciones con el rey.—Descontento general y reaccion en favor de Carlos.—Embarazosa situacion de los independientes y de Cromwell.—Esplosion de la segunda guerra civil.—Campana de Fairfax en el Este y en los alrededores de Lóndres, de Cromwell en el Oeste y de Lambert en el Norte.—Sitio de Colchester.—Los escoceses entran en Inglaterra.—Cromwell les sale al encuentro.—Batallas de Preston, Wigan y Warrington.—Cromwell en Escocia.—Los presbiterianos recobran su ascendiente en Lóndres.—El parlamento renueva sus negociaciones con el rey.—Tratados de Newport.—Vicisitudes en el estado.—El ejército hace arrebatarse al rey de la isla de Wight.—Es conducido al castillo de Hurst, y despues á Windsor.—Ultimo esfuerzo de los presbiterianos en su favor.—El ejército marcha sobre Lóndres.—Espurgo de la cámara de los diputados del pueblo.—Proceso y muerte del rey.—Queda abolida la dignidad réal.

(1647. - 1649.)

Los comisarios del parlamento y los oficiales de la guarnicion de Hamptoncourt esperaban que fuese el rey á cenar á la hora acostumbrada : admirados de no verle, entraron en su aposento, y solo encontraron tres cartas de su mano, dirigidas una á lord Montague, presidente de la comision, la otra al coronel Whalley, y la tercera al presidente de la cámara de los lores. En esta el rey daba por motivo de su fuga las maquinaciones de los agitadores, y su derecho de vivir libre y con seguridad como otro cualquier ciudadano. El solo objeto de las otras dos era manifestar á Montague y Whalley lo satisfecho que se hallaba de su comportamiento, y decirles lo que debian hacer de sus caballos, perros, cuadros y pequeños muebles que habia dejado en su aposento. Nada hablaba en ellas del camino que pensaba seguir, ni lugar de su retiro.

Grande turbacion causó en Westminster esta noticia, y tanto mas, cuanto al momento de recibirla de Hamptoncourt, llegó tambien una carta de Windsor, escrita á media noche por Cromwell, que se apresuraba igualmente á anunciarlo. El fue quien lo supo primero que las cámaras,

y quizás aun antes de marchar el rey; en confirmacion de esto corrió la voz de que en efecto el día 11 se habia relajado la vigilancia de la guarnicion de Hamptoncourt, y que se habian retirado centinelas de los puestos que se acostumbraban cubrir. No tardaron en llegar cartas de Hammond, informando á las cámaras de la llegada del rey, protestando su obediencia en el servicio y pidiendo instrucciones. Con todo no se disiparon todos los temores: Cromwell tenia tambien cartas de Hammond, pues todos los adictos al parlamento creian deber instruirle y consultarle en toda ocasion: y dió cuenta de su contenido á todas las cámaras con una alegría, que causó admiracion á los menos confiados juzgándola como sintoma alarmante de algun acontecimiento ó esperanza que en vano intentaban penetrar.

Apenas habian trascurrido dos dias, cuando inspiró mas graves recelos á sus enemigos. El 15 de noviembre era el día señalado en el condado de Hertfort para la primera reunion del ejército que se habia de tener en Ware con el objeto de poner fin á sus disensiones. Cromwell fué allá con Fairfax, acompañados de los oficiales mas adictos. Siete regimientos solamente estaban convocados y estos eran precisamente los que habia menos exaltados y cuya disciplina era mas fácil restablecer. Contábase con la sumision para intimidar á los demás, ó con su ejemplo para sosegar á los mas furiosos. Pero al llegar al llano de Ware, los generales se encontraron con nueve regimientos en vez de los siete convocados; los de la caballería de Harrison é infantería de Robert Lilburne, habian venido sin orden y en tropel impelidos por la mas violenta fermentacion. El último habia separado á todos sus oficiales de subteniente arriba á escepcion del capitán Bray que los mandaba; los soldados llevaban todos en el sombrero un ejemplar del folleto titulado: *Voto unánime* con esta inscripcion: «Libertad de Inglaterra; derechos de los soldados.»

A cada instante, y como si una voz comun los guiase, resonaban sus gritos por la llanura: Rainsborough, Ewers, Scott, el mismo John Lilburne, autorizado hacia pocos dias por la cámara con motivo de su salud para salir de la torre cada mañana, las recorria á caballo pasando de batallon en batallon, escitando á los mas animosos, tratando de débiles á los moderados, repitiendo indistintamente que ya que tenian la espada en las manos, estaban obligados en conciencia á servirse de ella para asegurar del todo y para siempre la libertad de su patria. En medio de aquel tumulto, Fairfax, Cromwell, y su estado mayor se adelantaron hácia los regimientos mas pacíficos: y les fue leida en nombre del consejo general

de oficiales una proclama enérgica, que reprendia á los nuevos agitadores, sus sediciosas maquinaciones, y los peligros que iba á correr el ejército; recordábanseles las pruebas de afecto y fidelidad que les habian dado sus jefes, los triunfos que habian obtenido bajo su mando; y por último se les prometia sostener en el parlamento la voluntad de los soldados, ya fuese en pro de ellos mismos, ya en bien de la patria, con tal que á su vez firmasen la obligacion de volver á entrar en las leyes de la disciplina, y de respetar las órdenes de sus oficiales.

Siete regimientos oyeron esta lectura con aclamaciones de gozo. Fairfax se adelantó hácia el de Harrison. Apenas la caballería escuchó su voz y promesas, cuando los individuos se arrancaron de sus sombreros el folleto y gritaron que habian sido engañados y que querian vivir y morir con su general. El regimiento de Lilburne quedaba solo, pero siempre rebelde y violentamente agitado; ya empezaban á contestar á Fairfax con gritos sediciosos cuando Cromwell se adelantó hácia ellos: «Quitaos al momento de vuestros sombreros ese papel, dijo á los soldados;» y viendo que no lo hacian entró bruscamente por entre las filas, señalando y mandando prender á catorce de los mas sediciosos. Formóse en el mismo campo un consejo de guerra y tres soldados fueron condenados á muerte. Dispuso en seguida el consejo que entre los sentenciados se sorteara uno para ser ejecutado en el acto, y la suerte tocó á un tal Ricardo Arnell, fogoso agitador; la ejecucion se hizo al instante, al frente del regimiento: y se condujo presos á los otros dos condenados y á sus once compañeros. El mayor Scott y el capitán Bray fueron igualmente arrestados; profundo silencio reinaba en la llanura; todos los batallones marcharon á su antiguo acantonamiento; las otras reuniones se verificaron sin murmullo, y el ejército entero volvió á entrar bajo el mando de sus jefes.

No dudaba con todo Cromwell del peligro de este triunfo: cuando lo vino á anunciar á la cámara, entre las gracias que le dieron la mayor parte de los que temian á los agitadores, los jefes presbiterianos no disimularon su frialdad, ni los republicanos su ira: los primeros sospechaban de todas las acciones de Cromwell fuese cual fuese su resultado, y los segundos miraban su conducta en la reunion de Ware como una nueva prueba de su traicion. Ludlow se opuso en la cámara á la votacion de las gracias; Saltmarsh acudió desde lo mas remoto de su condado, y por orden espresa de Dios, segun dijo, para anunciar á los generales que el Señor les abandonaba ya que habian aprisionado á sus santos; en fin pa-

sados algunos instantes de estupor, una muchedumbre de oficiales, sargentos y soldados, conocidos casi todos como agitadores revolucionarios de los regimientos, vinieron á declarar á Cromwell y á Ireton, que ningun ataque los apartaria de sus designios; que estaban resueltos á deshacerse del rey; á establecer una república; que á riesgo de perderlo todo dividirían el ejército, que arrastrarían á lo menos las dos terceras partes, y continuarían solos la empresa, antes que dejarse engañar. Cromwell no había intentado reducirlos á tal extremo: lo que únicamente se había propuesto era cortar de una vez en el ejército los progresos de la anarquía; pero eso no obstante conocía el poder de los fanáticos, y solo deseaba reconciliarse con ellos.

Sin pronunciarse por la república, dijo á cuantos le venían á ver mucho mal del rey, reconoció que tenían motivo en no esperar nada bueno, convino en que la gloria mundana le había hecho olvidarse de sí mismo por un momento, que no había sabido distinguir bastantemente la obra del Señor, ni confiado únicamente en sus santos; se humilló delante de ellos, y reclamó el socorro de sus oraciones para alcanzar del cielo su perdón. Los populares oradores, entre otros Hugh Peters, entusiasta, intrigante y charlatan, se encargaron de esparcir por todas partes los deseos y la confesion del general. Hizo al mismo tiempo risueñas promesas á los soldados presos. Solamente insistió con tono firme en mantener el ejército en la mas severa disciplina, único medio de alcanzar victoria y salvacion. Mucho crédito se dió á sus palabras siempre apasionadas y poderosas; algunos otros menos crédulos conocían cuan necesario les era el talento de Cromwell, y dudaban al mismo tiempo sin poderse resolver á creer que se hubiese arrepentido.

La mayor parte confesaban que los agitadores se habían precipitado y escedido confesando que los soldados debían á los oficiales mas sumision y respecto; Rainsborough, Scott, Ewers, convinieron ellos mismos en que habían hecho mal y prometieron mas prudencia en lo sucesivo. Numerosa reunion tuvo en fin lugar en el cuartel general (diciembre 1647): oficiales agitadores y predicadores estuvieron juntos diez horas conversando y orando; los intereses generales dejaron sin disipar los odios y las desconfianzas, se decidió que los prisioneros serían puestos en libertad, que el capitán Bray volvería á su regimiento, que se suplicaría á las cámaras volvieresen á Rainsborough el empleo de vice-almirante que le acababan de quitar; y con una solemne comida se celebró esta reconciliacion cuyo precio era la ruina del rey.

Durante estos acontecimientos llegó al cuartel general sir John Berkley, á quien Carlos, instruido del resultado de la reunion de Ware, se apresuraba á enviar á felicitar á los generales por su victoria y recordarles lo que le habían prometido. Llevando cartas no solamente del rey, sino



BERKLEY.

que también de Hammond para Fairfax, Ireton y Cromwell: Berkley con todo no se juzgaba enteramente en seguridad; había encontrado en el camino al corneta Joyce, que se admiró de su confianza; y le dijo que los agitadores lejos de temer nada habían atraído á los generales y se preparaban á formar causa al rey. Cuando llegó Berkley á Windsor estaba ya

reunido el consejo de oficiales; se presentó y entregó sus cartas al general. Mandaronle retirarse inmediatamente, y habiéndole vuelto á llamar de allí á media hora: «Somos el ejército del parlamento, le dijo Fairfax con tono severo, nada tenemos que responder á las proposiciones de S. M. á él solo le toca juzgarlas.» Berkley miró á Cromwell, luego á Ireton; y apenas le saludaron con desdeñosa sonrisa.

Se retiró altamente admirado, pasó el día sin poder conseguir ninguna esplicacion; por la tarde en fin el comandante Watson, oficial que tenia con él las mas íntimas relaciones, le mandó á decir que se encontrase con él á media noche en cierto cercado, detrás del meson de la Jarretiere, donde estaria él. Berkley supo entonces lo que habia sucedido y comprendió el espíritu que dominaba al ejército: «Es tal, le dijo Watson, que aventuro mi vida viniendo aquí porque este mismo medio día Ireton acaba de hacer dos proposiciones, la una de enviaros preso á Lóndres, y la otra de prohibir so pena de muerte que nadie hable con vos. El rey pues si aprecia la vida que huya sin retardo, si acaso puede.—¿Me aconsejais á lo menos, preguntó Berkley, que haga pasar á Cromwell y á Ireton las cartas que para ello me ha dado el rey?—Y sin falta, porque de otro modo sospecharian que os he descubierto sus intenciones.»

Como lo habia previsto Watson, Berkley no obtuvo de los dos generales ni entrevista ni contestacion: «Haré cuanto pueda, le mandó solamente á decir Cromwell, para servir al rey; pero no espere que yo vaya á perderme por su amor.» Sir John se apresuró á comunicar estas noticias al rey, instándole á que no perdiese momento en huir. Carlos quizá lo hubiera podido verificar; un buque enviado por la reina, cruzaba, segun decian, hacia algunos dias por las aguas de la isla. Con todo una nueva intriga reanimó sus esperanzas: despues de una viva discusion en la cámara baja, acababa el parlamento de votar que se presentasen al rey cuatro proposiciones en forma de bills, y que si las aceptaba seria admitido, como mil veces él lo habia pedido, á tratar en persona con el parlamento. La primera de las cuatro proposiciones era que el mando de las fuerzas de mar y tierra por el espacio de veinte años perteneceria á las cámaras, con el poder de conservarlo mas tiempo si lo exigia la seguridad del reino; segunda, que el rey revocaria todas sus declaraciones, proclamas, y otros actos publicados contra las cámaras, tachándolas de ilegales y revoltosas; tercero, que anularia todas las cartas de pago firmadas desde su salida de Lóndres; cuarto, finalmente, que las cámaras tendrian derecho de reunirse siempre que les pareciese conveniente.

Carlos, á pesar de su angustiosa situacion, no tenia ningun deseo de sancionar estos bills ni de reconocer de esa manera la legitimidad de la guerra que él habia ocasionado; pero sabia que los comisionados escoceses las habian combatido con energía, que manifestaban al mismo tiempo un amargo resentimiento por el desprecio que hacian las cámaras de sus representaciones; acababa de recibir de ellos al tiempo mismo que las cartas de Berkley una secreta invitacion de rehusar tan ofensivas proposiciones, prometiéndole dirigirse ellos mismos á la isla de Wight para tratar con él en nombre de la Escocia, bajo mejores condiciones. «Es preciso esperar, dijo á Berkley cuando estuvo de vuelta; quiero probar fortuna con los escoceses antes de dejar el reino; si me veian fuera de las manos del ejército, exigirian mas.»

Los lores Lauderdale, Lowden y Lanerk, llegaron en efecto al castillo de Carisbrooke casi al mismo tiempo que lord Denbigh y sus cinco cólegas comisionados de Westminster. Las negociaciones entabladas antes en Hamptoncourt se renovaron inmediatamente entre ellos y el rey, con gran secreto, porque solo habian venido, segun decian, para protestar en sus manos de las intenciones del parlamento. En dos dias quedó el tratado concluido, redactado, firmado y escondido en un jardin de la isla, esperando el momento de poder manifestarlo sin peligro. En él se prometia al rey la intervencion de un ejército escocés para restablecerle en sus justos derechos bajo la condicion de que confirmaria por tres años el régimen presbiteriano en Inglaterra, aunque dispensado de conformarse él y los suyos, y que en aquel término la asamblea de los teólogos consultada, arreglaria definitivamente de concierto con las dos cámaras la constitucion de la iglesia. Muchas estipulaciones en provecho de la Escocia, y de las que debia ofenderse altamente el honor ingles acompañaban esta general concesion. Se convino, entre otras cosas, que con el apoyo del ejército escocés se sublevarian los realistas en todo el reino; que Ormond volveria á tomar en Irlanda el mando del partido leal al trono; que el rey en fin luego de rehusadas las cuatro proposiciones, se evadiria de la isla para la frontera de Escocia, pasando á Berwick ú otra cualquiera plaza, para esperar en libertad el momento de obrar.

Arregladas asi las cosas, Carlos hizo decir á los comisionados del parlamento, que estaba pronto á darles su respuesta. Habia resuelto, como tres años antes de las negociaciones de Oxford, remitirla sellada, temiendo que instruidos de su negativa y quizá de sus proyectos, no tomasen contra él medidas que todo lo desbaratarian. Pero lord Denbigh rehusó

obstinadamente llevar de aquel modo el mensaje real. «El parlamento nos ha encargado, dijo él, llevarle no todo lo que nos quiera dar S. M. sino la aprobacion ó no admision de los cuatro bills.» Fue preciso ceder, y leer la contestacion en alta voz. Carlos rehusaba absolutamente las proposiciones, y pedia poder tratar en persona con el parlamento sin quedar obligado á nada. Los comisionados se retiraron, tuvieron una corta conferencia con Hammond, y volvieron á marchar para Westminster; algunas horas despues de su marcha, mientras hablaba el rey con Berkley y Ashburnham de los medios de evasion preparados para aquella noche, las puertas del castillo se cerraron, negóse la entrada á todos los extranjeros, dobláronse las guardias, y casi todos los servidores del rey, Berkley y Ashburnham los primeros, tuvieron orden de abandonar inmediatamente la isla.

Encolerizóse sensiblemente Carlos; hizo llamar á Hammond: «¿Por qué me tratais de este modo? ¿Dónde están vuestras órdenes? ¿Es tu corazon quien te hace obrar así?» Hammond, que no tenia órdenes formales, calló y se sobrecogió: habló en fin de la contestacion de S. M. á las proposiciones del parlamento. «¿No me habeis prometido bajo vuestro honor, le dijo el rey, que en ningun caso abusariais de mi situacion?

*Hammond*: Yo, nada he prometido.

*El rey*: Venis lleno de reticencias y subterfugios; ¿me concederéis hablar con uno de mis capellanes? Vos sois de los de la libertad de conciencia, segun decís, ¿no la puedo tener yo?

*Hammond*: No os lo puedo conceder.

*El rey*: Vuestra comportacion no es propia de un noble ni de un cristiano.

*Hammond*: Os hablaré cuando os encontreis mejor dispuesto.

*El rey*: Muy bien he dormido la última noche.

*Hammond*: Me he portado muy políticamente con vos.

*El rey*: ¿Por qué no haceis lo mismo ahora?

*Hammond*: Señor, sois demasiado alto.

*El rey*: Será culpa de mi zapatero, pero no advierto que haya levantado los talones de mis zapatos.» Repitió dos ó tres veces esta misma frase paseándose por el aposento; despues volviéndose hácia Hammond prosiguió diciendo: «¿Tendré libertad de salir á tomar el aire?

*Hammond*: No os lo puedo conceder.

*El rey*: ¿Vos no me lo podeis conceder? ¿con qué estoy preso? ¿Esta es la fé que me debeis? ¿Estos son vuestros juramentos? Responded.»

Hammond salió sumamente turbado, y con las lágrimas en los ojos, pero no cambió nada de sus disposiciones.

En esto los comisionados del parlamento llegaron á Westminster; apenas habian dado cuenta de su viaje y resultados, cuando un miembro hasta entonces desconocido, sir Tomas Wroth, se levantó en la cámara de los diputados (3 enero 1648). «Señor presidente, dijo, Bedlam está preparado para los locos, y el Topheth para los reyes (1); el nuestro obra de modo que Bedlam es el lugar único que le conviene; pido humildemente que las cámaras no se dirijan jamás á él, y arreglen sin su consentimiento los negocios públicos. Poco importa la forma de gobierno que ellas establezcan, mientras no tengamos ni diablos ni reyes.» Ireton apoyó al momento al preopinante. «El rey, dijo él, al rehusar los cuatro bills, ha rehusado á su pueblo seguridad y proteccion; á nosotros toca dejar de obedecerle y arreglar sin él el Estado.»

Admirados de tan imprevisto ataque, irritados ellos mismos de la negativa del rey, los presbiterianos aparecieron un instante embarazados y tímidos; muchos con todo protestaron contra tal medida: «Adoptarla, dijo Maynard, es disolver mientras subsista en nosotros el parlamento; cuando los reyes han rehusado recibir sus peticiones y escuchar sus súplicas, se han considerado siempre tales actos como la mayor violacion de sus privilegios porque era disolverlo de hecho sin pronunciar su disolucion: y nosotros pues si decidimos no recibir ningun otro mensaje del rey, y no le dirijimos ninguno, ¿qué vamos á hacer sino declarar que no pertenecemos ya al parlamento?» La discusion se alargó y acaloró; los presbiterianos recobraron su confianza; la cámara bastante indispuesta con ellos, de antemano, se mostraba turbada; Cromwell se levanta: «Señor presidente, dijo, el rey es hombre de mucho talento, pero tan disimulado y falso, que no hay que fiar en él. Mientras que protesta su amor hácia la paz, trata á escondidas con los comisionados de Escocia, á fin de abismar á la nacion en una nueva guerra. Llegó la hora en que el parlamento debe solo gobernar y salvar el reino; los hombres que derramando su sangre os han defendido de tantos peligros, os defenderán aun con el mismo valor y fidelidad. No les induzcai á pensar, despreciando el velar por vuestra seguridad y la del reino (que es la suya), que se les hace traicion y entrega al poder de los enemigos que han vencido por vosotros;

(1) Lo mismo que infierno, Topheth es una palabra hebrea que señala por lo comun una cosa abominable.